

García de Saura

# HOUSTON, TENEMOS MÁS DE UN PROBLEMA



zafiro<sup>♥</sup>

## Índice

CUBIERTA	
SINOPSIS	
DEDICATORIA	
CAPÍTULO 1	
CAPÍTULO 2	
CAPÍTULO 3	
CAPÍTULO 4	
CAPÍTULO 5	
CAPÍTULO 6	
CAPÍTULO 7	
CAPÍTULO 8	
CAPÍTULO 9	
CAPÍTULO 10	
CAPÍTULO 11	
CAPÍTULO 12	
CAPÍTULO 13	
CAPÍTULO 14	
CAPÍTULO 15	
CAPÍTULO 16	
CAPÍTULO 17	
CAPÍTULO 18	
CAPÍTULO 19	
CAPÍTULO 20	
CAPÍTULO 21	
CAPÍTULO 22	
EPÍLOGO	
AGRADECIMIENTOS	
BIOGRAFÍA	
REFERENCIAS A LAS CANCIONES	
CRÉDITOS	
¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!	

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre  
parte

Com-

## SINOPSIS

Claudia no se imaginaba que, en mitad de su jornada laboral, dos agentes de policía llegarían de improviso a su puesto de trabajo en su busca. Sus incondicionales amigas, Vera y Daniela, testigos de la escena, intentan defenderla exigiendo saber de qué se la acusa. Pero la visita de los agentes esconde una sorprendente y reveladora noticia.

Una frase, unas pistas, un misterio que resolver y un viaje conducirán a Claudia a su único y verdadero destino: Arthur, el hombre más desconcertante y arrebatador que jamás ha conocido.

*Dedicado a mis niñas,  
a mis lectores,  
y a las personas con verdadera capacidad de amar  
y ser amadas*

## CAPÍTULO 1

Susurrándole al oído, intento despertar al tío que tengo a mi lado. Ocupa demasiado espacio en mi cama y ya va siendo hora de que cada mochuelo vuelva a su olivo. Anoche la cosa se alargó más de lo debido. Las chicas vinieron al bar con ganas de juerga y, como suele pasar, la que más fuerte acaba pegándose soy yo. Eso me pasa por hacer los mejores mojitos de toda Valencia... y por tener las mejores amigas del mundo.

—Tío, despierta —digo alzando más la voz, aunque de poco me sirve.

Me recreo durante unos segundos en mirarlo un poco más de cerca, ahora que estoy sobria. No está mal. Moreno, barba recortada, como a mí me gusta, y con los ojos de color..., ¡yo qué sé! Me echo una mano a la cabeza, me duele un poco. Debería levantarme para tomarme una pastilla, pero antes quiero comprobar una cosa. Abandono mi frente y atrapo el borde de la sábana para verificar lo que hay debajo. Apenas tengo fugaces recuerdos de mi encuentro con el enésimo amor de barra que duerme plácidamente junto a mí, pero al menos quiero asegurarme de que no he perdido mi *sexapil* y de que supe escoger material de primera. La sábana es de raso, por lo que no me cuesta deslizarla por su musculoso cuerpo. ¡Y vaya cuerpo! Conforme avanzo en mi ardua investigación matutina para mi satisfacción personal, noto cómo mis labios se curvan en una picarona sonrisa. Su torso está desnudo, y me presupongo deleitándome con él anoche enredando mis dedos en el escaso vello que preside su centro. Mi vista acompaña a lo que la suave tela me descubre, aunque, cuando voy a llegar a la entrepierna, se gira sobre sí mismo y me da la espalda. ¡Qué oportuno! Suelto la sábana y me levanto a por esa pastilla que tanto necesito.

En la cocina, enciendo la cafetera y preparo unas tostadas. Si mi dulce despertar no ha surtido efecto, espero al menos que lo haga el olor de un buen desayuno, pese a que, según marca el reloj, ya es mediodía. Mientras los electrodomésticos hacen su función, pongo música; floja, para no empeorar mi dolor de cabeza, pero música, al fin y al cabo. Es una vieja tradición que heredé de mi madre. Recordarla me arranca siempre un hondo suspiro. No sé si porque la odio, porque la echo de menos, o por la envidia que en el fondo me da su impetuosa y disparatada forma de vida. Han pasado más de diez años desde que nos dejó y aún no lo tengo claro.

El café gotea dentro de la jarra de cristal y el bello durmiente sigue sin aparecer por la puerta. Dispuesta a no tener a un invitado más tiempo del estrictamente necesario en casa, me dirijo al cuarto a apartarlo de los brazos de Morfeo. De pie, junto a su lado de la cama, me quedo observándolo un segundo. Por un momento pienso en llevar a cabo mi misión, pero soy curiosa por naturaleza y no me gusta dejar cosas a medias. Aparto la suave sábana que apenas le cubre media cadera. Sigue con los ojos cerrados. Tres cuartos de cadera, la cadera entera y... ¡Joder! ¿Qué demonios es eso?

—¡Despierta, tienes que irte, *vello* durmiente! —No puedo permitir que su selva amazónica siga sobre mis pulcras, *fashion* y caras sábanas—. ¡Mis padres están subiendo en el ascensor! —grito mientras comienzo a recoger su ropa desparramada por toda la habitación. Echarlo de mi cama y de mi casa se ha convertido en mi más imperiosa necesidad—. ¡Date prisa! ¡Puedes vestirte en el descansillo de la escalera! —afirmo entregándole sus cosas a la vez que lo empujo en dirección a la puerta.

Él apenas balbucea cuatro palabras que me niego a escuchar. Estoy demasiado metida en el papel que estoy representando y no quiero que una frase suya lo eche todo a perder.

—¡Corre y no mires atrás! ¡Si te preguntan, no me conoces de nada! ¡Adiós!

Sólo cuando cierro la puerta del apartamento tras su «voluntaria» marcha me permito el lujo de dejar escapar la risotada que llevo un rato reprimiendo. «¡Al final me he quedado sin ver el color de sus ojos!», pienso mientras me río y me encamino hacia ese café que tira de mí. Aunque, a quién le importa..., el bosque no me ha dejado ver el paisaje, y ni falta que hace.

Aún no he dado ni el tercer bocado a la tostada cuando suena mi móvil.

—¡Hola, papá! ¿Qué pasa?

—Hola, Claudia. ¿Podemos vernos para cenar?

—Tengo turno... de noche otra vez. —Sé que es de mala educación hablar con la boca llena, pero es mi padre y hay confianza.

—Hija, no sé por qué te empeñas en trabajar de camarera en ese bar. Tienes estudios y no deberías desperdiciar...

—¿Vas a empezar como siempre? Creía que ese tema estaba más que zanjado.

—Lo sé, Claudia. Pero me duele ver cómo echas tu futuro a perder por...

—Papá..., ¡no!

—Está bien, como quieras. ¿Y mañana a mediodía?

—¿Don Ocupado tiene hueco a la hora de comer? —Mi tono suena más sarcástico de lo normal, pero él sabe cuánto me molesta que insista siempre en lo mismo.

—Sí, es importante. Y siento decírtelo, pero soy el único de la familia que...

—¿Dónde quedamos?

—En el Green a las dos. ¡Y no te retrases!

—No lo haré. Adiós, papá.

—¡Claudia, espera!

—¿Qué quieres? —La desgana fluye libre de mi garganta.



—¿Recuerdas lo que te enseñé de pequeña?

—¿A andar?

—¡Claudia, no estoy para bromas!

—Pues explícate mejor.

—Hija, es sumamente importante. ¿Recuerdas la frase? Esa que te enseñé cuando eras pequeña y estábamos en la cabaña del lago y...

—¿A qué viene eso ahora?

—Claudia, por favor. Dime, ¿la recuerdas?

—Sí, papá.

—Dímela.

—Que debo dejarme llevar por la corriente. ¿Sabes qué es lo gracioso de todo esto? Que es justamente lo que hago y, sin embargo, tú te empeñas en insistirme en que haga lo contrario.

—Hija, es importante.

—Mi vida también lo es, papá.

—Necesito que recuerdes la frase, cielo.

—¿Qué te ha dado hoy con la maldita frase?

—Haz un esfuerzo. —Su tono es tan apagado que me afano en recordar la maldita frase.

—«Nada más abrir los ojos, fíjate dónde te lleva la corriente» —claudico.

—¡Eso es! No la olvides nunca, hija.

—Está bien, papá, como tú digas. —No sé qué manía le ha entrado hoy, pero me tiene un poquito harta—. ¿Algo más?

—Te quiero, Claudia. No lo olvides nunca. Hasta mañana.

—No lo haré. Hasta mañana.

Siempre que mi padre insiste en que siente la cabeza y todo lo relacionado con ello, me quedo con una sensación extraña y un exasperante malestar. Sé lo mucho que deseaba que siguiera sus pasos, pero no puedo evitar sentirme entre dos aguas, entre dos mundos dispares y heterogéneos que tiran de mí incesantes y de un modo que me

cuesta asimilar. Por un lado, está él, con su parte severa, recta y disciplinada. Y, por el otro, está la alocada de mi madre, que nos dejó para vivir su propia aventura con su profesor de baile; bachata, creo. Desde que se marchó no hemos sabido nada de ella, ni creo que lo hagamos. Me consta que mi padre la buscó, pero ella borró todo rastro que pudiera llevarnos hasta su nuevo paradero. Según ella misma me contó en su última carta la mañana que se marchó, y que dejó sobre la mesilla de mi cuarto en la que era la casa familiar, estaba harta de continuar viviendo una mentira. Me confesó que se sentía sola. Las largas horas y los interminables días que mi padre pasaba en el laboratorio le demostraron que él vivía por y para el trabajo, y que ella se había hartado de ser su segundo plato. Nunca sentí que no me quisiera, al contrario. Y me lo corroboró en las líneas que me dejó escritas junto a mi cama. En ellas también me dio uno de los mayores consejos que he recibido: que fuese yo misma quien forjara mi camino, que no permitiera que ningún hombre me dijera ni me impusiera cómo debía vivir mi vida. Al principio me costó mucho afrontar su marcha; pensé que era la peor madre del mundo. Pasé por diferentes etapas, como la de odiarla y desearle todo lo peor por habernos abandonado. Ésa fue la primera. La segunda vino con el paso del tiempo, me di cuenta de que ella era un alma libre, tal y como yo me siento. Dejé de culparla hace años, y desde entonces vivo mi vida como me da la real gana. Fue nada más licenciarme en Filología Inglesa (una profesión que nunca he llegado a ejercer, aunque he sacado partido de ella para multitud de trabajos de camarera). Y ahí, entre dos mundos dispares, es donde me encuentro ahora: entre la bohemia y liberal de mi madre y mi padre, el estricto e internacionalmente conocido y valorado biólogo molecular, el doctor Valero.

La pastilla empieza a hacerme efecto pasadas las tres del mediodía, hora en la que termino de recoger la cocina. A media tarde, un nuevo juego de mis supersábanas de ra-

so descansa sobre mi enorme cama. Sé que no son de lo más práctico ni cómodo, pero ¿quién necesita ser práctica cuando se está soltera, en plena juventud, con veintiocho años, con unas amigas alocadas y una vida completamente independiente? Pues eso mismo digo yo.

Al acabar de ducharme, me cubro el cuerpo con una toalla grande y la cabeza con otra mediana. Canturreando y bailando —sí, también tengo música en el baño—, me voy directa al espejo. Me lo tomo como un ritual, un vicio que cogí de pequeña y que, a día de hoy, sigo repitiendo con esa típica sonrisa malvada de «como venga mi madre y me pille, se va a liar parda». Con el baño lleno de vaho, paso el dedo índice por el espejo, sobre el que escribo lo más importante y destacable de las últimas veinticuatro horas. Es como mi diario particular. Las últimas palabras de ayer aún se ven, aunque hay una que siempre prevalece y que escribo en primer lugar: «Viajar». Cada día me limito a reescribirla con el firme deseo de que alguna vez se cumpla. Las chicas y yo llevamos años planeando y soñando con hacerlo, con poder salir de España y perdernos en algún rincón del mundo. Tanto es así que siempre tenemos el pasaporte listo para hacerlo. Una vez que la palabra resalta y se distingue con claridad, añado las nuevas. En esta ocasión elijo «Mojitos» y «Bosque». Sonríó al contemplar el resultado.

Mi apartamento no es muy grande, pero es perfecto para mí. En cuanto la agente inmobiliaria me lo enseñó, me enamoré perdidamente de él. Fue amor a primera vista, un auténtico flechazo directo y acertado; de esos en los que el corazón se te acelera, las manos te sudan y sientes cómo la entrepierna se te humedece, en contraposición con la boca, que pasa a un estado de estricta y severa sequía. Eso fue lo que sentí nada más entrar por la puerta. Se suponía que debía sentirlo por un hombre, pero en mi caso fue por este piso, mi refugio particular. El alquiler no era excesivamente caro y podía permitírmelo, y ese mismo día firmé el contrato. A diferencia de otros apartamentos que había vi-

sitado, éste tenía un amplio salón comedor con cocina americana, un único dormitorio grande con un increíble tocador femenino, un vestidor eficiente y un baño pequeño aunque coqueto, con todo lujo de detalles, incluido un espejo enmarcado en plata envejecida, que hace la vez de diario.

Envuelta en las toallas, y tras dejar mi resumen sobre el empañado cristal del baño, me dirijo hacia mi acicalado tocador. Detalles como éstos son los que justifican que las chicas me apodenen *la Princess*. «Antes muerta que sencilla», suelo decirles para defenderme y excusar mis glamurosas costumbres. En ocasiones puedo llegar a ser algo salvaje y bicho, razón por la que también me apodan *Bug* —«bicho» en inglés—, pero siempre... con clase y estilo. Mientras me seco el pelo recibo varios mensajes de las chicas. Se mueren por repetir la juerga de anoche, y se citan para vernos en el bar. Con la sonrisa que siempre logran sacarme, les contesto que allí las espero. Antes éramos cuatro, pero *la Lover*, como apodamos a la primera que se desposó del grupo, se enamoró perdidamente de su actual marido y se marchó a vivir con él a Argentina. Desde entonces, apenas nos vemos.

\* \* \*

Trasnochar tiene sus consecuencias, y una de ellas es que el día siguiente se me hace mucho más corto, tal y como se me ha hecho éste, que cuando vengo a darme cuenta, ya estoy de vuelta otra vez en el trabajo. Llevo de camarera en este bar algo más de cuatro años. Situado en La Patacona, una playa preciosa a siete kilómetros del centro de Valencia, es uno de esos típicos lugares que tanto están ahora de moda. Con un marcado estilo *chill out*, durante la tarde es una cafetería envuelta en un ambiente relajado; al caer la noche, el café y el típico *gin-tonic* dejan paso a un exclusivo *gastropub*. Y, por último, las primeras horas de la madrugada, con las que cerramos los turnos, el bar se transforma en un local de copas.

Mi jefe, un tío más pijo y señorito de lo normal, nos espera a mis compañeros y a mí para hacer el cambio de turno. Como cada día, nos pone al tanto de las posibles novedades: que si el serpentín está recién cambiado, que si ha entrado una nueva marca de whisky y ese tipo de cosas. Mi trato con él, así como con el resto de mis compañeros, podría calificarlo de muy bueno. Lo cierto es que, desde que llegué aquí, exceptuando los que se han marchado por diversas razones, todos me acogieron de buen grado. Pese a parecer un tópico y a que él sea un pijo redomado, ha conseguido que entre todos reine el buen rollo y que nos sintamos como una gran familia. No voy a negar que sea un trabajo duro, que lo es, pero me encanta. Me proporciona la libertad que tanto me gusta, y que un frío cubículo o una claustrofóbica oficina no me permitirían jamás. Aquí he conocido a mucha gente, y aunque la mayoría son de una clase social media-alta, lo cierto es que, como en botica, hay de todo.

Nuestro uniforme es negro y básico, y yo me las ingenio para adornarlo de alguna forma. Al principio mi jefe me puso algunos reparos, pero con el tiempo ha ido dejándome como una causa perdida y me permite añadir algún complemento, siempre y cuando no afecte en gran medida al atuendo en sí. Hoy he decidido ponerme uno de mis collares engarzados con grandes piedras plateadas, que conjugan a la perfección con mi melena larga de color castaño, que cae sobre mi esbelta espalda.

Estamos casi a principios de verano, y eso se nota en el ambiente. La terraza está a rebosar de gente, con todas las mesas ocupadas, y los de mi turno no damos abasto. Tan inmersa en mis quehaceres estoy que ni me percato de que las chicas hacen acto de presencia. Cuando lo hago, tras atender a una de las diez mesas que llevo en el exterior, me quedo mirándolas. Es una manía que tengo, me gusta ob-

servar a la gente; otra razón más por la que me gusta mi trabajo. Están sentadas a la barra, tan guapas como siempre, para no perder la costumbre.

—¿Les pongo algo, señoritas? —pregunto colocándome frente a ellas, al otro lado de la barra.

—Hola, bombón. Yo un mojito, ya lo sabes. —Ella es Daniela, la menor del grupo, una rubia tan dulce y cariñosa que no dudamos en apodarla *la Sweet*.

—Yo estoy entre cicuta y una motosierra. ¿Qué es más rápido? —Y ella es Vera, la morena con boca de rayo, apodada *la Balay*. En su caso, el motivo es más largo de contar.

—¿Qué ha pasado? —interpelo mientras lleno un par de vasos con hielo picado y observo de reojo cómo la *Sweet* resopla resignada.

—El sinvergüenza de Vic, que me la ha vuelto a liar porque iba a salir con vosotras.

—¿Desde cuándo vuestra relación es tan... formal?

—Que yo sepa, desde nunca. Pero se toma ciertas libertades que no debería tomarse.

—Pobre —comenta la rubia.

Su amparo hacia Vic despierta la ira de la *Balay*.

—¡Alto ahí, hermana! Soy yo la que debería darte pena.

—¿Estás segura? —Mi mirada de soslayo hace que recapacite su respuesta.

—Vale, pena no. Pero tampoco debería dársela él —se defiende Vera.

—Pero él quiere que avancéis en vuestra relación —insiste la *Sweet*—. Eres tú la que se empeña en apartarlo.

—Ahí lleva razón —intervengo de nuevo.

—¿Las dos en mi contra? Ah, no, por ahí no paso. Os voy a dejar algo muy clarito. —Su dedo índice estirado y amenazador va de la cara de la *Sweet* a la mía, y viceversa —: Víctor y yo no somos pareja. Él es sólo un *follamigo* al que le permito pernoctar en mi *house* de vez en cuando.

—Y comer —añade de modo valiente la *Sweet*.

—Sí.

—Y cenar —agrego yo.

—También. —A estas alturas, su tono se ha rebajado, como lo ha hecho su dedo, que languidece casi inerte.

—Y poner lavadoras.

—¡Eh, de eso nada! Él no toca mi lavadora.

—Ahí lleva razón —afirmo forzando un falso semblante serio mientras clavo los ojos en los de Daniela.

—¡Ja! —suelta Vera orgullosa, recolocándose de nuevo en su silla.

—Claro —remato cuando ya no me siento amenazada por su pequeño dedo—, porque ella es la que las pone, y él sólo se limita a embestirla mientras se agacha. —He aquí un resumen de por qué Vera tiene el mote de *la Balay*.

Mi último comentario es motivo de las carcajadas de las tres. Entre una risotada y otra, dejo dos posavasos sobre la barra y, sobre ellos, los dos mojitos que les he preparado. Ambas brindan antes de beber de sus respectivas pajitas, cuando dos enormes y guapos policías entran por la puerta. Vera casi se atraganta al verlos.

—¡Viva el cuerpo! —suelta nada más tragar. Es la frase que usa siempre que un uniforme aparece ante ella. Sobre todo, si se trata de hombres guapos, como lo son esos dos.

Los policías se dirigen a la barra y las tres observamos cómo hablan con Emilio, uno de mis compañeros.

—¡Madre mía, quién fuera porra! —Las tres reímos con su comentario—. Daniela, ¿llevas mi carnet? —Cuando Vera se arranca, no hay quien la pare. Su tono de voz es más alto de lo normal; tiene la firme intención de que los susodichos la oigan—. ¡Ay, que me he *dejao* el carnet en casa!

—Un día te vas a llevar un disgusto —murmura la Sweet sin dejar de mirarlos.

Yo también lo hago, pero pronto me percató de que algo pasa. Mi compañero no les está sirviendo nada. En su lugar, compruebo que centra la mirada en mí. Los policías